

IV.

LA FUENTE DE LOURDES

Al volver á Inglaterra irían por Niza, Marsella y Calais, no habiendo la señora podido resignarse á pasar de nuevo la galería del *Mont Cenis*. Cada uno de los viajeros tomaba su especial fisonomía, según sus propios pensamientos y designios. Las niñas, levantadas de cascos, sólo pensaban en los placeres de Parque Verde; en los campos verdes de trigo en yerba, en las calles de árboles umbrosos, en los prados

lentos de flores, y en los jardines exuberantes por la primavera de Northumberland. Acariciaba su maestra tales inocentes esperanzas, pareciendo libre de cualquier otro afán ó idea. Mistress Needle, con la frente nublada por las cosas pasadas, y sobre todo por los tristes presentimientos del porvenir, procuraba mostrarse tranquila. Con el espíritu no viajaba, sino que había llegado á Parque Verde, poniendo en orden cien cosas que allí reclamaban su presencia y su mano como potente patrona de la parroquia. John no parecía más abstraído y distraído á su vuelta de Italia de lo que lo pareció cuando fué por la vez primera. Con todo, imaginaba Julia descubrir en él algo más reposado, si no más sereno, lo cual atribuía sin vacilar á las circunstancias de haber el joven decidido casi pasarse á la Iglesia católica.

Su madre, no queriendo dar fe á tan angustioso misterio, lo estudiaba continuamente cuando lo veía delante de ella, tumbado, con los ojos fijos en un libro, y con la mano en la frente, en actitud meditabunda. Veíale con frecuencia echar mano del mapa de la guía y hacer con él grandes cálculos. Un día, mientras volaban á Mar-

sella desde Niza, le preguntó:—¡Oh! ¿En qué estás pensando sobre tu mapa?

—Estudio los ferrocarriles del Mediodía.

—¿Por qué? ¿Algo te preocupa en el Mediodía?

—Sí. Pienso que haríamos mucho mejor si, en vez de marchar de nuevo por el camino andado, hiciéramos un recodo sobre Tolosa y Burdeos: son grandes ciudades que merecen un día cada una: gozaríase más la primavera, siendo más poético el viaje.

La madre, con el intento de dominarlo después, ansiaba tomar nuevamente amorosa posesión del ánimo de su primogénito, y respondió incontinenti:—Si te place á tí, me place á mí; aún estamos á tiempo.

Añadió John, aprovechándose del buen principio: — Llegados á Tolosa, en vez de irnos directamente á Burdeos, podríamos volvernos un poco á la izquierda y recorrer las llanuras de la Gascuña, después de dar un vistazo á las más hermosas vistas de los Pirineos.

La madre no se opuso, y dijo:—¿Hay camino de hierro?

—Vedle, respondió John mostrando el mapa.

—Obra tú, dijo ella, tienes edad para

saber dirigir una expedición corta ó larga. Da orden á nuestro aposentador, y acuérdate de tener informado al cajero de Londres.

Mostrándose John alegre de tal condescendencia, en la primera estación habló al dependiente delante de su madre, que mostraba su aprobación, sin sospechar la estratagema de su hijo. Dispuso que se detendrían en Tarbes; allí, una vez en la fonda, dijo el joven:—Pues queremos tener una idea de los Pirineos, ¿por qué no llegar hasta Lourdes? Es la entrada verdadera de los Pirineos: cinco valles desembocan allá y conducen á los baños más famosos de Francia; Cauterez, Aguas-buenas, Barèges, Bagnères-de-Bigorre y Biarritz.

Mistress Needle no aguardaba esta erudición, y mucho menos la emboscada, por decirlo así, en que había caído. Respondió con una escapatoria:—Muy bien, John; aprovecha mucho estudiando las guías.

—Pero vos, ¿qué decís?—

Apremiada la pobre madre, y no queriendo comprometer la poca benevolencia que había logrado, no se atrevió á resistir eficazmente, pero dijo:—Si en cada niño de golondrinas que hallemos en el

camino nos paramos un día, llegaremos á Parque Verde, á medio estío.

John, jugó entonces con cartas descubiertas:—¿No sabéis que hay allí un santuario famosísimo de los católicos? Pasar á dos pasos de Lourdes y no poder decir “lo he visto” sería una vergüenza. Es cosa de venticuatro horas.

—Bien, dijo la madre; si tus hermanas están contentas de pararse un día, por mí no me opongo. Has lo que quieras: deseo contentarte; tú me contentarás á su tiempo.

Como es fácil de inferir, Clara y Clemencia no podían desear cosa mejor que detenerse un poco, salir del coche y andar mucho: con sus vocesitas amorosas confirmaron la idea de su hermano y decidieron á su mamá. John se informó en la fonda, disponiendo que irían á la mañana siguiente. De Tarbes á Lourdes había veinticuatro *kilometros* en camino de hierro. De Lourdes al santuario sólo un paseo que podían hacer á pié, bajo un cielo de primavera que resplandecía bellísimo. Pasarían allí la mañana satisfaciendo todas sus curiosidades, yendo á dormir á Tarbes, para volar con el primer tren á París al día siguiente. Julia en toda esta negociación del

joven no dijo palabra, pero su corazón llenábase de júbilo y de vivísima esperanza.

Al desmontar en la estación de Lourdes, tomó á las niñas y fué delante. Dió John el brazo á su madre, y para decirla cosas agradables iba persuadiéndola de que no había iniciado el viaje con el propósito de hacer una peregrinación, sino por el gusto de dar una carrera de placer hacia los Pirineos. En esto no mentía, si bien tenía más despierto que nunca el intento religioso. Había preparado y movido toda la máquina por un vago sentimiento de incredulidad, relativamente á los prodigios cuya fama llena todo el mundo. Quería él asegurarse con sus ojos del concurso de los peregrinos á Nuestra Señora de Lourdes, ver en el pueblo una señal evidente de fanatismo, y confirmarse así en su rara devoción á la Virgen: devoción bíblica en su juicio, pero que debíase ceñir todo lo posible. Mientras por una parte se había rendido á Julia y á la razón, calificando de tolerable y legítima la piedad con respecto á la Madre de Jesucristo, por otra mantenía su firme propósito de asignarla límites estrechos, que juzgaba necesarios, á fin de contener la preponderante superstición católica. En la noche anterior no había

tenido dificultad en poner de manifiesto su devoción filosóficamente moderada, que concediendo á la Virgen algunas Ave Marías, y á duras penas el Rosario, según la costumbre de algunos protestantes ritualistas, se revolvía contra el ansia de recurrir ciegamente á su protección, y sobre todo contra la ciega credulidad del pueblo católico en acoger la multitud de milagros que procedían de Lourdes y de su fuente.

Habíase Julia limitado á responder que ningún milagro de los miles acaecidos en Lourdes y en toda la superficie de la tierra merced al agua milagrosa, era objeto de fe, propiamente dicha, dejándose que cada fiel los creyera ó dejase de creer con libertad, según su propia discreción ó locura.—Digo locura, añadió la joven, á fin de hablar con templanza: debería decir temeridad. Cuando uno niega lo que millones de testigos honrados confiesan haber visto con sus ojos, es más temerario que demente. A vos, señor John, os libra de una y otra tacha el hecho de no ser católico. A un católico le diría yo francamente: —Cometeis los pecados de temeridad é irreliión, ya que acusais de ignorancia ó de fraude á todos los tribunales eclesiásticos, que examinaron con rigor infinito mu-

chos de los sucesos prodigiosos, aprobándolos por creerlo un deber de conciencia.—Sonrióse John por la delicada conciencia de Julia, y no dijo más.

Tal había sido el prólogo de la peregrinación incrédula y curiosa. La pequeña ciudad de Lourdes, al primer aspecto, hablabadel vecino santuario admirablemente. Presentábase la cerca antigua muy limitada, engrandecida nuevamente con hermosas habitaciones; á cada paso descubriáanse las señales de una fonda, y no bastando éstas, la mayor parte de los habitantes habían destinado algunos cuartos para recibir á los peregrinos. Sobre las esquinas de una calle principal leíase; *Rue de la Grotte*, flanqueándola por una y otro lado espléndidos almacenes de objetos devotos, medallas, estátuas, imágenes, fotografías y relaciones impresas, en servicio de los que los compran al dirigirse al santuario. Mistress Needle y sus hijas deteníanse con curiosidad suma con el fin de ver aquellos rosarios colosales, de cuatro metros ó cinco, con grandes cuentas de madera labrada, que algunos peregrinos se ciñen al cuello y en todo su cuerpo.

Para encontrar el camino del templo milagroso no había precisión de pedir da-

tos á nadie, bastando seguir la corriente de los forasteros, que desde la estación atravesaban la ciudad, metiéndose por la puerta occidental. Allí la muy atrevida aguja del campanario, como el faro de los navegantes, preséntase cerca, levantando al cielo la cruz de Jesucristo, ceñida con una diadema dorada, que los fieles impulsieron al santuario de la Virgen sin mancilla. Descendíase por una calle tan ancha como poética, y se pasaba el riachuelo Gave tan pobre de agua como rico por su fama religiosa, atravesándose verdes bosquecillos y fresquísimos prados, descubriéndose una calle de árboles que derechamente desemboca en la gradería del templo. La subió John felicísimo por el éxito alegre de su engaño, y sus hermanas regocijaronse por demás al ver las nuevas hermosísimas escenas que les presentaban el arte y la naturaleza. No pasaba un momento sin que mostrasen la una ó la otra, á su hermano y á su madre, los variados paisajes que de cerca ó de lejos herían su fantasía.

Todo lo contrario Julia: ensimismada y pensativa subió lentamente sin decir palabra, meditando consigo propia la manera de gozar la buena ventura que le había

caído del cielo. Junto á la puerta de la iglesia encontró á un sacerdote, cuyo hábito le dijo era uno de los misioneros que vivían en aquel santuario. Acercósele, y le manifestó en dos palabras que proponíase hacer sus devociones expeditamente, si era posible, porque no siendo católica la familia con la cual venía, faltaríale paciencia para esperar mucho. El sacerdote se volvió, se puso en un confesonario, y oyó á Julia, que muy pronto estuvo confesada, con gran asombro de la familia, que cerca la esperó, y que por ningún concepto aguardaba este acto de religión. La joven dijo á la señora:—Os suplico que me dejeis orar un poco en este templo, mientras os entreteneis gozando las hermosas vistas del contorno. Dentro de una hora precisa (miró el reloj), os aguardaré á la puerta misma de la iglesia; por añadidura, irá conmigo este sacerdote, que se ha brindado á servirnos de *cicerone*.

Gustó extraordinariamente á la Needle la propuesta, y más aún á su hijo, que ya no sentía por los sacerdotes católicos la gran aversión de antes, y que ansiaba grandemente conocer las cosas secretas del sitio. No pudo alejarse de su iglesia. Todos querían ver á miss Julia en la santa Cena,

como decían; dando vueltas por las diversas partes de la basílica, no le quitaban el ojo de encima un instante. Sus discípulas, si á cada momento no las hubiese contenido su madre, se hubieran arrodillado cerca de la napolitana, como muchas veces lo habían hecho en Italia, acompañándola á ganar las indulgencias. Después que hubo recibido Julia la inefable Eucaristía, retirándose á un rincón desde el comulgatorio, Clara preguntó á su madre:— ¿Podemos ir con ella?

—Sí, respondió la Needle; pero con el pacto expreso de que no os dejareis tentar por el demonio, idolatrando á la bendita Virgen. . . . es una simple criatura como nosotros, y además, como sabeis, no está entre estas paredes, sino en el cielo.

Clara y Clemencia fueron alegremente á postrarse de rodillas, una á la derecha y otra á la izquierda de la joven; unieron sus manos, volviéndose con frecuencia para mirar á Julia. Es más fácil imaginar que referir qué plegarias tiernas y ardientes ascendían del corazón de la maestra, con el fin de atraer las miradas benéficas de la Reina del cielo sobre aquellas dos cabezas rubias é inocentes y sobre su madre. Rogaba ella sumamente recogida y llena

de confianza, mirando alguna vez el reloj, que rápidamente le robaba la escasa hora concedida á su devoción. Limpiábase también de vez en cuando una lagrimita que asomaba á sus párpados, y limpiábala con desenvoltura, sin observar que en un banco, detrás de sus espaldas, habían caído también de rodillas John y su madre. No rogaban, ciertamente, con el fervor de Julia, pero estaban ya convencidos, por las razones incontrastables aducidas, de que no era pecado ni idolatría obsequiar á la Madre de Dios. La una y el otro estudiaban atentamente á la joven; cuando ella se levantó, dijo la señora:— ¡Oh! ¿Lloras?

—No, no, repuso Julia; estoy, por el contrario, más contenta que unas pascuas.

—Y salió con ellas del templo.

—¿Dónde está el *cicerone*? preguntaba John impaciente.

Mistress Needle, un poco recelosa, con intención no pura, repuso.—No tengo prisa de que venga: ¿quién sabe qué lluvia de milagros nos hará caer encima?

—Tengo paraguas, dijo John, contra tales aguaceros; una risa bajo los bigotes sin ser descortés, y nada más.

Este mal humor protestante hirió el co-

razón de Julia; pero tranquilizóse pensando que había informado al sacerdote de qué género eran los peregrinos con los cuales debía tratar. Habíalos recomendado como protestantes de buena fe, no despreciadores de la piedad católica, pero muy desconfiados relativamente á los hechos sobrenaturales; esto precisamente había hecho entrar al misionero en ganas de ofrecer caritativamente sus servicios. Después que diéronle gracias cortésmente, hizoles entrar pronto en la iglesia de nuevo, comenzando por mostrarles lo vasto del edificio consagrado poco antes, el dibujo correcto, la abundancia de mármoles, el esplendor de los adornos y el gran número de altares, que apenas bastan en los días de las grandes peregrinaciones, para los trescientos ó cuatrocientos sacerdotes que allí ofrecen el sacrificio santo: todo esto, nacido en pocos años sobre un suelo árido y desierto, como por el toque de una varilla mágica.

—Ahora, dijo después el misionero, vamos á ver la fuente de todas estas maravillas.

Hízoles descender por la magnífica escalinata delante de la puerta mayor, y torciendo por la izquierda, entrar en la ca-

lle de árboles que pasa al pie de los fundamentos de la escala, á lo largo de las rocas de Massabielle, sobre las cuales se apoyan los cimientos de la basílica. Después de pocos pasos, el camino desemboca en una explanada ó valle cubierto con una verde alfombra, flanqueado á la derecha, por colinas amenas, debajo de las cuales murmura humildemente el Gave, de fresquísima plata.

—Ved aquí, dijo el sacerdote, indicando un sitio de la derecha, ved aquí la gruta de la aparición.—Julia entró en ella sin oír más, cayendo de rodillas, rogando con las manos juntas, con el velo echado: la señora y sus hijos se detuvieron á considerar aquel tosco flanco de montañas, de piedra pardusca, cortada casi á pico, adornada de un modo selvático por céspedes aéreos nacidos sobre las grutas, por guirnaldas de yedra y por otras plantas acariciadas por los vientos. A sus pies abríase la gruta, no profunda ni melancólica, porque ahonda solamente ocho metros, y recibe la luz del día por abertura de cinco metros de alto y doce de ancho.

Entraron allí en actitud respetuosa, y vieron á su derecha, á la altura de un hom-

bre, un nicho socavado en la roca, sobre cuya base germina un rosal silvestre: dentro del nicho aparecía radiante de candor una imagen de María Inmaculada.—Aquel es el lugar preciso, decía el misionero, de la aparición; allí compareció la Virgen, descansando su pie sobre las hojas del rosal, y desde allí se entretuvo con la pastorcita electa para sus favores. Está representada sobre el marmol con la propia actitud que tuvo durante la visión.—John se había parado en el umbral, sombrero en mano, sin dar señales de su incredulidad filosófica, y preguntó:—¿Nadie vió nunca la visión fuera de la pastorcilla?

—Sí y no, respondió el guía; la joven arrodillábase allí donde vos, señor, teneis los pies (John, como por instinto, se apartó un poco), y en tanto era favorecida con el celeste coloquio, la multitud la circundaba observando la trasfiguración de su semblante, sin oír, empero, palabra, ni ver rastro de la visión.

—¿Luego, dijo John, toda la certeza del acontecimiento descansa en la mutación del color de una niña y en su palabra? ¿No pudo sufrir alucinación?

—Demasiado me preguntais, contestó el ministro de Dios; os daré un librito en el

cual vereis con facilidad la serie de pruebas indubitables del suceso: mas ved cómo aquí habla á vista de todos una compendiosa.

—¿Cuál?

—Este arroyuelo de agua purísima que ha dado la salud á mil enfermos, y que brotó bajo la mano de la niña, la cual, en el acto del éxtasis, por orden de la Virgen, lo sacó de la tierra . . .

—¿Y no había fuente antes?

—No hay pastor ni campesino del lugar que desconozca la gruta é ignore que nunca habíase visto aquí rastro de agua: además, tratándose de una fuente tan copiosa, hubiera sido un milagro maravillosísimo que ningunola conociese. Tan verdad es, que habiéndose difundido la fama de la fuente por el contorno, los pueblos no dejaron de visitarla.

—Al fin de cuentas, ¿quién ha visto salir la fuente?

Multitud de personas; una muchedumbre inmensa de curiosos que habían acompañado á la muchacha, y que puesto el sol la vieron, arrebatada en el éxtasis de costumbre, irse del lugar donde contemplando estaba el rostro de María, y dirigirse siguiendo de rodillas al ángulo aquel de la

gruta, y bajarse, y, siempre mirando la visión, como aceptando sus indicaciones, sacar tierra con los dedos y llenarse de agua la cavidad y beber ella de aquel manantial, primero fangoso, que poco después comenzó á convertirse en una fuente pequeña. Salida la muchacha del éxtasis, examinaron los curiosos el surtidor milagroso, y á medida que más agua extraían, vieron que salía más; al día siguiente, el chorro tenía el espesor de un dedo; á los pocos días corrió la vena inagotable que veís, que da casi cien litros por minuto.

Miró John aquel limpidísimo cristal que veía brotar gallardo y correr con vivaz ruido, cual si su murmullo reprochase su infidelidad; sintió conmovido su espíritu como en la presencia de un sér sobrenatural; demudóse su semblante, se puso pálido y se apoyó en la pared. El sacerdote, que le vió vacilar, lo sostuvo é hizo que se sentase; la madre roció su semblante con agua de la fuente.

LV.

APARICIONES Y REVELACIONES.

John no había perdido el uso de los sentidos, ni quedado propiamente desvanecido. Recobró pronto sus fuerzas, y temiendo que su momentánea debilidad se atribuyese á una impresión religiosa, simuló un atrevimiento que no tenía:

—Ha sido, exclamó, un calofrío.

Repuso su madre:—Confiesa que tienes necesidad de comer: ¿quieres que volvamos incontinenti á Lourdes?